

El Mayor Error De Mi Vida

El Mayor Error De Mi Vida



Giovanni Roales



Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: Julio de 2026

Depósito legal: SE 2434-2026

ISBN: 979-13-7060-387-8

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Giovanni Roales
© De la foto de autor: Jorge Guardia
© Ilustración de portada: Octavio Martínez
© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo
www.editorialcirculorojo.com
info@editorialcirculorojo.com

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.
Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, **ecológico**.

Prólogo

—Hija, ¿estás segura de que no te dejas nada?

—Tranquila, mamá, tengo todo en su sitio: el móvil y la cartera con el DNI, dinero y hasta la tarjeta del médico. Me voy de fiesta, no a la guerra —bromea Elena.

Finales de mayo, la primavera da sus últimos coletazos antes de dejar paso al verano y la actividad en la universidad se relaja bastante después de varias semanas intensas de exámenes finales. Y tal es el nivel de liberación, que ese viernes veintidós de mayo, lo único que se escuchaba en la Complutense era la palabra fiesta. Y Elena Rodríguez Conde, junto con sus amigos, no iban a ser menos y ha quedado con ellos en Leganés para celebrar el final de las pruebas escritas en una discoteca de la ciudad.

Elena es natural de la ya mencionada Leganés, estatura media-alta, alrededor del 1'75 y piel morena, cabello largo con mucha melena de color negro y unos ojos verdes muy elegantes. La joven viste para esta ocasión unos pantalones blancos ajustados y una camiseta azul. Además, porta una goma para el pelo de color negro en la muñeca derecha por si en algún momento de la noche decide recogerse el cabello. Una última comprobación a sus pertenencias y por fin está lista para dirigirse a la Plaza de España de la ciudad sureña de Madrid. El reloj marca las ocho menos veinte de la tarde y ha quedado a las ocho en el lugar, así que se da un poco de prisa.

—Diviértete, hija, y por favor, ten mucho cuidado.

—Gracias, mamá. No te preocupes, tendré cuidado como siempre.

—Si necesitas que te recoja, solo tienes que llamar por teléfono.

—Estupendo, papá. Bueno, me voy, que no quiero llegar tarde.

La joven se despide de sus padres con dos besos y emprende el camino hasta el lugar de encuentro con sus amigos. Con bastante calor para ser las horas que son, pero las ganas de pasarlo bien después de tanto esfuerzo y sacrificio superan con creces a la sensación que transmite el calor.

Con el reloj rozando las ocho de la tarde, la joven de la camiseta azul llega por fin al lugar de encuentro aunque se sorprende al ser la primera en hacerlo. Comprueba nuevamente la pantalla de su móvil por si se había equivocado en la hora pero no, el reloj marca ya las ocho de la tarde. Aun así, la espera en solitario entre la intensa actividad en la plaza no es muy larga. A lo lejos intuye a una persona conocida, que cuando ya está más cerca, sabe con total exactitud de quién se trata: Antía González Iglesias, su mejor amiga.

La recién llegada es originaria de Rasueros, un pueblo de Ávila, pero sus padres se mudaron a la vecina Getafe por motivos de trabajo y vive allí con ellos, aunque la gran parte del tiempo lo pasa en Leganés con sus amigos. Es una chica muy guapa, igual de morena o más que su mejor amiga, ojos marrones y un largo cabello también de color marrón, aunque las puntas las lleva rubias. Lleva un top blanco y unos shorts vaqueros muy cortos, casi como si de una falda se tratasen.

—¡Amiga! —dice Elena para después abrazar a la joven morena.

—¡Vamos, Elena! ¡Hoy lo vamos a pasar genial!

—¡Ya te digo! Tenía muchas ganas de no pensar en estudios y exámenes. Es hora de disfrutar de nosotros.

—Pues sí. Que ya tenía la sensación de tener la marca de los codos en la mesa.

—Bueno, eso creo que lo podemos compartir los cinco —sentencia Elena sonriente.

—Ya te digo. Bueno, a ver si llegan los demás.

—Pues sí, Antía. Que tengo muchas ganas de pasarlo bien.

—Y mira que yo pensaba que llegaba tarde.

—Tú siempre llegas a la hora, Elena, amiga mía —responde Antía junto con un gesto cómplice.

Un par de minutos más tarde, cuando las dos jóvenes han ocupado un banco de la céntrica plaza, ven cómo se acercan dos chicos hacia ellas, a los que conocen de sobra: Aitor Morales Acosta y José Luis Fernández Nogales.

El primero es vecino de Leganés de siempre, igual que Elena y además es el novio de Antía. Más de 1’80 de estatura, pelo corto marrón claro, barba más o menos dejada y ojos de color castaño. Luce un atuendo bastante clásico: pantalón vaquero y camisa de cuadros.

El segundo es original de la vecina Getafe, aunque su lugar de residencia es la vecina Leganés. Pelo negro, un poco más corto que el de su

acompañante aunque la barba que presenta es más frondosa y de altura es más o menos idéntico. Como vestuario lleva una camiseta de manga corta de color azul marino con un dibujo en la esquina superior izquierda de un helado de cucurucho de una sola bola de color rosa que hace referencia a la cantante «Chica Sobresalto», una joven que en realidad se llama Maialen Gurbindo y que, según él, hace muy buena música que gran parte del país se habría perdido de no presentarse a un importante programa musical de televisión.

Los dos chicos saludan afectuosamente a las dos jóvenes que ya estaban en el lugar, siendo Aitor mucho más intenso con Antía, al ser su novia.

—Estáis guapísimas, chicas. Cómo se os nota que ya no tenéis que estudiar más.

—Gracias, Joselu, tú también estás muy guapo —responde Elena—. Y sí, yo también me lo noto porque ahora hasta parece que peso menos.

—¿Estás practicando para cuando llegue Silvia, amigo? —pregunta Antía con toda la intención del mundo.

—Con Silvia ya me hace falta poca práctica, Antía —responde José Luis sacándole la lengua a la joven del top blanco.

El grupo reacciona a la respuesta del chico con un grito generalizado justo cuando llega la última persona que faltaba para completar el grupo.

—¿Qué os pasa? Os veo muy animados, eh.

La voz pertenece a Silvia Puerta. Fue la última en unirse al grupo, aunque ya está totalmente integrada después de varios años con ellos, sobre todo gracias a José Luis. Ilerdense, aunque llegó desde Castellón, donde estaba estudiando periodismo, debido a una propuesta laboral bastante suculenta que le hicieron a su padre. También de piel morena como las otras dos jóvenes del grupo, cabello marrón con degradado rubio, ojos castaños y de estatura rondando el 1'75 de altura. Es la que lleva el atuendo más atrevido, con un top negro bastante alto, dejando todo su abdomen al descubierto, shorts blancos ajustados y unas botas negras hasta la altura del tobillo.

—Nada, aquí tu amigo, que le hace la pelota a Elena —responde Aitor con una media sonrisa.

—Ah bueno, yo se lo perdono. Yo también le haría la pelota a Elena.

La recién llegada abraza a su amigo entre risas. Acto seguido, Antía toma la palabra para dar comienzo a la noche que les espera:

—¡Bueno! Ya que estamos todos… habrá que empezar la noche, ¿no?

—Pensaba que este momento no iba a llegar nunca —responde Aitor—. ¡Vamos a por una noche de diversión!

—Menos mal que pudiste conseguir entradas para la BlueLight.

Gracias por estar tan atenta a todo, Elena —dice José Luis.

—De nada, hombre —responde Elena sonriente—. Fue el descanso de estudio más aprovechable de los últimos días. Además, en la BlueLight siempre lo hemos pasado bien.

—Pues sí, siempre que hemos ido hemos tenido buen ambiente. Aunque hoy todo estará lleno de universitarios… a ver si no cambia nada.

—A mí me da igual, Silvia, mientras lo pasemos bien…

—Pues ahí lo pasaremos bien, Antía —sentencia Aitor dándole un beso en la mejilla.

El grupo se pone en marcha de forma muy animada. Risas, bromas y cariños entre ellos en su trayecto desde la Plaza de España hasta la discoteca BlueLight. Llegan a las inmediaciones del recinto y ven que la cola ya está avanzando hacia el interior del mismo. Los cinco amigos cogen hueco en la misma y poco a poco van avanzando.

Mientras avanzan, preparan la documentación y la entrada para poder entrar sin problemas al lugar. Una vez tiene todo en la mano, Elena dirige su mirada al frente y ve el panorama que la rodea: José Luis y Silvia mirando cosas por el móvil de la joven del top negro y Aitor y Antía detrás de los dos anteriores arropándose mutuamente, aunque el chico, en ocasiones, dirige su mirada a la joven de la camiseta azul, que sonríe con una mezcla de nerviosismo e incomodidad.

—Buenas noches, señorita. ¿Me permite ver la entrada y el DNI, por favor?

Sobresaltada, Elena le muestra al portero de la discoteca lo que le ha pedido y acto seguido, el hombre de complexión fuerte rasga la entrada y le pone un «sello» en la mano izquierda para después devolverle todo. Es la última del grupo en entrar en la BlueLight. Según avanza, la música va ganando terreno en el ambiente y el suelo comienza a retumbar debido a la vibración de los altavoces de la sala.

—¡Vamos, Elena, disfruta!

Quien se lo dice es Antía, que no duda en coger de la mano a su mejor amiga e introducirla en la sala. Una sala que parecía que iba a albergar una salida más de un grupo de amigos más en una noche más del mes de mayo que empezaba a despedirse… pero eso solo fue el inicio de algo de lo que nadie estaba preparado.

Capítulo 1

El sonido del despertador martillea su cabeza por unos segundos. Rápidamente se mueve en la cama para accionar el botón que calla ese sonido. Enciende la lámpara de la mesilla y se incorpora. Las siete de la mañana, una hora perfecta para iniciar un día de trabajo… si no fuese sábado.

Así comienza el día para Óscar Lemos, un joven inspector de la Policía Nacional destinado en Leganés por decisión propia, ya que nació en Zamora y vivió con anterioridad en un municipio cercano a la denominada «ciudad dormitorio» del sur de Madrid, que decidió entregarse en cuerpo y alma a la vida de azul después de varias decepciones personales y con ganas de sentirse útil. A sus veintitrés años, es de los inspectores más jóvenes de todo el Cuerpo, algo que le da respeto.

Óscar no es un chico muy alto, de hecho pasó por los pelos el requisito de estatura mínima para entrar en el cuerpo, un poco pasado de peso aunque se desenvuelve bien físicamente y ojos y pelo corto castaño.

Ducha rápida para despejarse y estar decente para el servicio. Para desayunar, elige algo muy básico: leche con cacao y cuatro galletas. Todo con su fiel acompañante: el móvil. Lo que algunos ven como vicio, otros lo ven como una herramienta de apoyo al trabajo. Y en la Policía cada vez es más importante lo que ocurre en las redes. Aunque esta vez, el inspector Lemos usa su terminal para sus fines recreativos como, por ejemplo, consultar los partidos de fútbol que se van a jugar ese fin de semana, coincidiendo con la penúltima jornada liguera. Va uno por uno hasta encontrar el de su equipo preferido, que no es otro que el de la ciudad en la que vive. Con todo aquel con el que habla de fútbol, no pierde la oportunidad de ensalzar al Club Deportivo Leganés y a su estadio, el Municipal Butarque, del cual siempre dice que cuando lo pisas una vez, solo vas a tener ganas de volver.

Posteriormente echa un vistazo también a la jornada de segunda división y, por último, entra en sus redes sociales en busca de cualquier

cosa que le llame la atención. Pero lo que le llamará la atención con el reloj marcando las ocho y cuarto de la mañana, es la temprana llamada de su superior, el comisario Joaquín Salgado. Rápidamente coge el móvil, descuelga la llamada y se lo lleva al oído:

—Buenos días, comisario. ¿No es un poco pronto para que esté trabajando?

—Buenos días, Óscar. Estoy de acuerdo contigo… pero cuando el trabajo llama, hay que estar donde hay que estar.

—¿Por qué? ¿Ha ocurrido algo en comisaría?

—Me temo que sí, Óscar. Y no es una cosa pequeña.

—Me estoy poniendo inquieto, ¿qué tenemos entre manos?

—Una desaparición. El compañero de la ODAC del turno de noche ha recibido la denuncia al final de su turno y a la llegada de Mari Ángeles ahora a las ocho, me ha avisado inmediatamente. Estoy a punto de llegar a comisaría, quiero que estés disponible lo antes posible para darte más datos en mi despacho.

—Vaya, qué mal. Está bien, comisario, termino el desayuno y estaré por allí lo más rápido posible.

—Recibido, Óscar, nos vemos luego.

Nada más finalizar la llamada, el inspector termina su desayuno y se viste lo más rápido que puede para acudir a comisaría: deportivas, pantalón vaquero y una camiseta negra de manga corta. Coge su placa y el arma reglamentaria y abandona el domicilio para coger su vehículo y dirigirse a dependencias policiales. Normalmente los asuntos que ocupan a los agentes se centran en asuntos de violencia o delitos menores, pero las desapariciones apenas habían tenido incidencia en la ciudad.

Estaciona en su plaza asignada en el aparcamiento de comisaría y camina deprisa hasta el edificio. En el hall de entrada, a la primera persona que ve es a su compañera Mari Ángeles de la ODAC:

—¡Buenos días, Óscar!

—Hola, Mari Ángeles. ¿Ha llegado Salgado?

—Hace cinco minutos. ¿Sabes lo de la desaparición?

—Sí, por eso voy con un poco de prisa. Te pido disculpas.

—No te preocupes, es un asunto delicado. Ve al despacho, allí te espera.

—Perfecto, gracias, compañera.

El inspector le dedica un gesto amable a su compañera e inmediatamente vuelve a caminar a paso ligero hasta la puerta del despacho

del comisario. Llama a la misma con los nudillos de su mano derecha. Recibe un «adelante» como respuesta desde el interior de la estancia y Óscar procede a entrar. Ante él se levanta de su mesa el comisario Joaquín Salgado, un hombre de más de cincuenta años, barba y pelo canoso, ojos grises, que presenta un atuendo bastante formal, compuesto por un traje color marrón, camisa azul marino, corbata negra y zapatos también de color negro.

—Buenos días, Joaquín.

—Buenos días, Óscar. Toma asiento.

—Parece que el día no ha empezado con buen pie —dice el inspector mientras se sienta.

—Ni mucho menos, el asunto es muy delicado.

—¿Qué sabemos?

—La desaparecida responde al nombre de Elena Rodríguez Conde, veintitrés años, vecina de Leganés y estudiante universitaria. Germán, el compañero de noche de la ODAC, me contó que quienes han puesto la denuncia han sido sus padres. Toma, aquí está todo redactado al detalle.

Salgado le entrega a Óscar una carpeta de papel cartón color marrón con el escudo de la Policía en azul marino. Una vez la tiene en las manos, la abre y le echa un breve vistazo.

—Vaya… Así a primera vista parece una muchacha normal. Me refiero, que no me transmite maldad en la foto.

—A mí tampoco me lo ha parecido, soy sincero.

—Mira, bien por el compi: destaca que tiene el tatuaje de un pequeño triángulo en una de sus muñecas.

—La descripción física está bastante completa, apenas hay detalles que se hayan escapado.

—Genial, es un buen punto de partida —responde Óscar mientras sigue leyendo.

—Más abajo vienen los últimos instantes —indica Salgado.

—Sí… salió de fiesta con sus amigos a una de las discotecas de la ciudad y hasta ahí. Al levantarse los padres por la mañana, encontraron la habitación de la joven de la misma forma en que la dejó la última tarde. Puf, escalofriante. Al menos no les entró el pánico ni se quedaron en shock y vinieron aquí enseguida para poner la denuncia.

—Demuestra entereza por su parte… y que hacen oídos sordos a lo que dicen los jueces de la calle —dice firme el comisario.

—Por supuesto —responde Óscar con una media sonrisa.

—Ahora vayamos a lo importante. ¿Cómo lo vas a plantear?

—¿El caso es mío, comisario?

—Pese a que ahora mismo estás sin binomio… sí, es tuyo.

—Gracias por la confianza Joaquín. Espero que esto acabe con final feliz.

—Ojalá. Sería una gran noticia.

—¿Qué procedimientos se han seguido hasta que he llegado?

—El que se suele emplear en estos casos: aviso a H50 y se envía la foto de la chica a las patrullas que están de servicio en el momento. Cuando se haga el relevo, se volverá a enviar. Ah, y también se ha notificado a la asociación de desaparecidos. Seguro que ellos pueden darnos un apoyo adicional que puede ser decisivo.

—Vale, perfecto.

—Y del tema del binomio no te escaqueas. Llorente no está, así que tendré que asignarte un compañero para este caso.

—Ya, Alfredo está de vacaciones y cuando se va de vacaciones lo hace a lo grande, porque apaga el móvil. Y encima ahora que está a las puertas de la jubilación, más a propósito lo hace.

—Licencias que uno se puede permitir por estar muchos años en el Cuerpo.

—Bien apuntado ese matiz… porque yo no lo hago y probablemente no podría hacerlo —dice Óscar con sorna—. Aunque he de decirle que en estos instantes… se me ha ocurrido algo que creo que puede ser una buena idea.

—Espero que no sea muy extravagante, Óscar —dice el comisario casi a modo de súplica.

—Verá… conozco a una persona que fue periodista y hace unos meses se enroló en las filas del Ejército del Aire. Es bastante lista y tiene un carácter especial que gusta a todo el mundo. Se llama África Martínez y de verdad, creo que nos puede venir muy bien para este caso.

—Vaya… pues era algo que no me esperaba escuchar. No parece mala idea sobre el papel.

—No lo es, se lo aseguro. Y oye, puede ser un «*win-win*» para el cuerpo, así los que mandan pueden demostrar que los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad del Estado se ayudan entre ellos en cualquier circunstancia. ¿Qué me dice? ¿Puedo intentarlo?

Salgado se lleva la mano a la barbilla en señal de estar pensando, aunque no deja de mirar a Óscar en ningún momento.

—Está bien, tienes permiso para hablar con esa tal África y plantearle el caso. Pero mi permiso no servirá de nada si el propio Ejército del Aire no aprueba que pueda ayudarte.

—Ya, eso por supuesto…

—Si te dan la negativa, te asignaré a un compañero inmediatamente y comenzaréis a trabajar de lleno en el caso.

—Así será Joaquín, no te preocupes.

—Por cierto, ¿puede saberse dónde está destinada?

—Claro. Está aquí en Madrid, concretamente en Torrejón de Ardoz. Lo que ya no tengo tan claro es si está en el Ala 12, en el 43 Grupo, el de los apagafuegos, o si está en los dos a la vez.

—O sea que es personal de tierra.

—Sí, por supuesto. Uno no pasa de contar noticias de fútbol a montarse en un caza o en un botijo de la noche a la mañana —comenta Óscar riendo.

—En eso te doy la razón. Bueno, no perdamos más tiempo. Encuentra a esa amiga tuya, ojalá consigas que nos ayude y así puedes disponer como tú quieras… pero hay que trabajar sea como sea. Buena suerte, Óscar.

—Gracias comisario, con cualquier novedad le avisaré.

—Que así sea.

—Con su permiso.

Óscar abandona el despacho de Salgado y casi al mismo ritmo con el que llegó a comisaría, camina hasta el vestuario para quitarse la ropa de calle y ponerse su uniforme de inspector. Ir a un recinto militar merece llevar el uniforme y así mejorar la presencia. En apenas cinco minutos está totalmente cambiado y se dispone a abandonar la comisaría. Sin perder ese paso ligero con el que ha comenzado el día, camina por el aparcamiento hasta su vehículo. Monta en él y no puede evitar abrir la carpeta de la denuncia, que ha dejado en el asiento del copiloto y ver la foto de la joven desaparecida. Un escalofrío recorre su cuerpo y responde al mismo apretando el volante con fuerza. Pone en marcha el coche y abandona las dependencias policiales con un destino claro: la Base Aérea de Torrejón de Ardoz.

Capítulo 2

El sábado ya lleva unas horas consumidas aunque para Silvia aún está dando comienzo. Abre los ojos alrededor de las nueve y media de la mañana, se despereza sentada en la cama y posteriormente se incorpora para caminar hasta el baño. Minutos más tarde sale de allí y camina poco a poco hasta la cocina, que comparte espacio con el salón en una única estancia. Cosas del diseño del chalet. A quien ve primero es a su madre Lola, que está fregando las tazas y los platos que han usado tanto ella como su pareja Álvaro, el padre de Silvia.

—¡Vaya! Pensé que te iba a durar más la resaca —confiesa Lola—. ¿Qué tal estás, cariño?

—Yo también lo pensaba pero ya ves, aquí estoy. En cuanto a cómo estoy… mejor de lo que pensaba, mamá —responde Silvia con una tímida sonrisa.

—¿Fue una buena noche con los amigos?

—Bueno… le pondría de nota un suficiente, ya que era para celebrar el final de los exámenes. Pero entre que tuve que soportar a un par de moscones en la discoteca y después me fui antes de tiempo porque estaba cansada…

—¿Llegaste antes? ¿Tú sola? ¡¿Por qué no nos avisaste!?

—Pregunta ahora Álvaro, su padre, que llega a la cocina procedente de su habitación.

—Un poco de tranquilidad, ¿no? —Responde Silvia con un gesto de calma—. Para empezar, no me ha pasado nada porque estoy aquí. Y segundo, Joselu me acompañó hasta aquí. Así que no volví sola a casa.

—Uf, menos mal —dice Lola aliviada.

—Que también te digo, ojalá no fuese tan horrible que una chica regresase sola a su casa, pero…

—Estoy de acuerdo, hija —sentencia Álvaro.

La primera conversación del día entre padres e hija termina. La joven del pelo marrón y degradado rubio se prepara el desayuno, que consistirá en una taza de café con leche y un par de tostadas.

—¿Qué vas a hacer hoy, hija? Ya que por fin no tienes que estudiar.

—Pues según me estaba levantando había pensado en coger la bici e irme hasta el Parque Polvoranca, mamá. Algo ligerito así para disfrutar del día… y del aire, que aunque salí ayer, quiero compensar todos los días de encierro —bromea Silvia.

—Cualquiera diría que ayer te fuiste de fiesta.

—Lo sé, papá, pero creo que ayer fui capaz de parar en el momento adecuado.

Lola nota algo extraño en el tono de esas palabras que ha dicho su hija.

—¿Ocurrió algo más anoche aparte de los moscones? Has dicho eso como con tristeza.

—Digamos que noté cosas raras entre nosotros, entre nuestros amigos.

—¿En qué sentido?

—Ojalá poder explicarlo, mamá, porque no tengo la más absoluta idea. Y no es por ocultar más cosas, es que de verdad no sé nada —sentencia Silvia dando el primer sorbo a su café.

—Vaya… Bueno, habladlo entre vosotros, que pese a ser la última en llegar en su momento, te acogieron fenomenal y las veces que habéis estado juntos en casa todos me han parecido geniales, sobre todo José Luis y Elena.

—¿Por qué pienso que dices el nombre de Joselu… de forma especial?

—Silvia, hija… se te ilumina la cara cuando hablas de ese chico.

—Solo somos amigos, si en tres años y medio no hemos hecho nada más que compartir ratos en la universidad y vivencias fuera de ella…

—El roce hace el cariño, Silvia. Cuando menos te lo esperes estarás saliendo con él. Y yo me voy a alegrar, no me escondo.

—Apúntame a mí también —añade Álvaro desde el sofá.

—Hay que ver cómo sois —responde Silvia riendo aunque notando el sonrojo en sus mejillas.

La ilerdense continúa desayunando mientras consulta su móvil. Le resulta raro que no haya mensajes por el grupo que comparte con sus amigos, aunque con la fiesta que tuvieron ayer, no le sorprende tampoco que la resaca sea de época, sobre todo a quien se le escapase un poco de las manos.

Termina de desayunar y tras fregar el plato de las tostadas y la taza con la cucharilla, se asea y regresa a su habitación para ponerse ropa

adecuada para salir con su bicicleta. Leggins negros, zapatillas deportivas y una camiseta amarilla, casi fluorescente. Saca el casco de su armario y una funda para transportar su móvil en el brazo, además de una mochila para llevar sus pertenencias. Una vez está completamente preparada, abandona la estancia y se dirige de nuevo al salón.

—Bueno, me voy a dar una vuelta con la bici.

—Ten cuidado, Silvia, hija.

—Lo tendré, mamá. Además, casi todo el camino es por el carril bici. No habrá problema.

—No vuelvas muy tarde, que hay que comer.

—Que haya desayunado casi a las diez de la mañana no hará que se me quiten las ganas de comer, te lo aseguro, papá —bromea Silvia.

—Disfruta del descanso, aunque sea a tu manera, hija.

—Gracias, mamá.

La joven se despide de Lola y Álvaro con un beso a cada uno y se dirige al garaje. En la pared, junto al vehículo familiar se encuentra la bici de Silvia: una *mountain bike* de color negro con detalles de color verde chillón.

Levanta la puerta del garaje y sale caminando con la montura hacia la calle. Cierra y por fin se pone en marcha poco a poco hasta el Parque Polvoranca. En apenas diez minutos, yendo por el carril bici y un camino bastante frecuentado por los ciclistas de la ciudad, la joven llega al espacio natural.

La afición por la bicicleta le llegó a Silvia gracias a las principales rondas ciclistas que se disputan en verano y disfrutando de las victorias de las grandes figuras españolas e internacionales del que puede ser uno de los deportes más duros del mundo. La ilerdense un día se animó y compró la bicicleta que lleva ahora.

Cuando llega a la entrada del parque, saca los auriculares de la mochila que lleva a sus espaldas y selecciona una *playlist* en su móvil para acompañar su improvisada ruta por el espacio natural. Caminos bastante bien cuidados y un ambiente espectacular con mucha gente disfrutando de la buena mañana de ese sábado.

Aproximadamente cuarenta y cinco minutos después de iniciar su paseo, la música deja de sonar por los auriculares de Silvia para dejar hueco a la melodía estándar de llamada del terminal. La joven se aparta a un lado y se detiene junto a un banco. Se sienta en él y saca el móvil de la funda del brazo todo lo rápido que puede. El nombre que ve en la

pantalla le saca una sonrisa y desliza el teléfono verde de la pantalla para establecer contacto:

—¡Hola, Joselu!

—¿Qué tal, amiga? ¿Se te han pegado las sábanas?

—Siento decepcionarte, amigo, pero estoy genial y encima me has pillado en el parque con la bici —responde Silvia vacilona.

—¿En serio?

—Por supuesto. ¿No oyes el canto de los pájaros? —sigue respondiendo la joven vacilando y divirtiéndose.

—No, por desgracia no tengo un móvil que haga tantas maravillas —replica el chico con sorna.

—Uy, gracias por llamarme ricachona así de forma sutil.

—Pero en personalidad lo eres más aún.

—Aish, ya sabía yo que ibas a acabar con una frase cariñosa.

—Es lo mínimo que te mereces, amiga. Bueno, ¿entonces nada de resaca?

—Un poquito sí. Me eché a las tres de la mañana aunque a las nueve y media ya estaba levantada. Me desperté y me desvelé. Y como no quería estar en casa sin hacer nada, bicicleta a cuestas y a mover el esqueleto. Y te digo la verdad, el parque está estupendo esta mañana.

—Joder, vaya energía —responde José Luis sorprendido—. Yo te confieso que acabo de desayunar…

—Guau, a las doce de la mañana. Muy bien, amigo, creo que has batido tu propio récord —dice Silvia riendo.

—No. ¿No recuerdas las segundas fiestas de verano que vivimos juntos? ¡Nos levantamos a la una de la tarde en casa de Elena!

—¡Ay, es verdad! Vaya fiesta nos pegamos en la discoteca móvil. Normal de que no nos pudiésemos levantar al día siguiente —responde Silvia tras llevarse la mano a la frente.

—Nada que ver con lo de anoche, eh.

—Ya ves, amigo. Creo que fue nuestra peor fiesta de largo. Y eso que era porque por fin nos quitamos los exámenes de encima… Qué gustazo levantarse y no tener que ir al escritorio.

—Entre los moscones y lo demás…

—¿Por qué siempre me pasa lo mismo?

—El alcohol no es bueno…

—Díselo a Antía.

—Nunca la había visto así.

—Bueno, lo pasó mal con sus exámenes, ya lo veías cuando quedábamos para estudiar.

—Sí ya… pero Antía nunca se había pillado semejante pedo.

—Siempre hay una primera vez para todo. Cosas malas incluidas.

—Por desgracia estoy de acuerdo, Silvia.

—Ahora la cosa es que todos duerman bien la mona y mañana estemos todos bien. Que el lunes hay que seguir yendo a la uni.

—¿Tenías que recordarme eso ahora, Silvia?

—Sí, para que no te acomodes, guapo.

—Qué detalle…

—Esto que te voy a decir sí que es un detalle. Ya que ayer hemos estado de fiesta y tú y yo parece que estamos bastante bien… ¿Te apetece que quedemos esta tarde y tomemos algo juntos? Pero de forma tranquila, nada de discotecas ni otra cosa.

—¿Cómo no me va a apetecer? Si quedar contigo siempre es un plan genial. Y sí, yo también quiero algo de tranquilidad. Con lo de anoche ya tengo lleno el cupo de subidones por una temporada.

—Va, genial. ¿El CM7 te viene bien? —propone Silvia.

—Por supuesto. Allí te veo. ¿A qué hora?

—Yo creo que las cinco de la tarde o por ahí es una buena hora.

—Es perfecta. Así me puedo echar una pequeña siesta antes.

—Genial, si es que está todo pensado —dice Silvia riendo—. Y te avanzo que iré con otras pintas que no son las que tengo ahora.

—Soy poco neutral para responder a eso, Silvia.

—Pues entonces te lo llevas contigo para siempre. —Ríe la ilerdense—. Un besito y hasta la tarde, amigo.

—Genial, Silvia. Hasta la tarde, amiga. Y ten cuidado con la bicicleta.

—Gracias por ser tan atento conmigo desde siempre.

—No veo otra forma de tratarte.

—Hasta luego, José Luis —sentencia Silvia riendo.

Finalizada la llamada, Silvia guarda el móvil de nuevo en la funda y se la coloca en el brazo derecho. Posteriormente busca una nueva *playlist*, esta vez para animar el regreso a casa. Se monta de nuevo en la bicicleta y se dispone a recorrer el Parque Polvoranca de nuevo, esta vez para salir de él y regresar a casa. Lo que Silvia no sabía es que el azul del cielo y el calor de ese sábado de finales de mayo iba a desaparecer radicalmente en pocas horas para ella y para sus más cercanos…

Capítulo 3

Ya se pueden contar con los dedos de las dos manos los meses que lleva atravesando la garita de seguridad de la base aérea, pero para África Martínez Fernández sigue siendo como si cada día fuese el primero en el que realiza la rutina.

África tiene veinticinco años, es natural de Burgos, donde estudió para convertirse en periodista. Gracias a su esfuerzo y buenas calificaciones, consiguió trabajar en los medios apenas meses después de terminar la carrera, y lo hizo nada más y nada menos que en el Campeonato Nacional de Liga de fútbol de Primera División haciendo entrevistas a jugadores y comentando todo lo que sucedía en los partidos a pie de campo, casi junto a la línea de banda. Pero hace unos meses, debido a ciertas actitudes que observó, decidió dejar los micrófonos y pasar a las filas del Ejército del Aire, con el fin de cambiar de aires y ayudar a los demás de cualquier forma posible. Estatura normal, cercana al 1,75, piel clara, muy poco morena, ojos marrones y pelo marrón aunque el tono va tornando de oscuro a claro según llega a las puntas.

La joven llega al aparcamiento junto al hangar en el que suele trabajar. Camina a su interior hasta llegar al vestuario. Allí cambia su ropa de calle por el uniforme del Ala 12. Antes de coger los últimos elementos de su equipamiento, se mira al espejo del vestuario. Sonríe casi sin creerse que esté en ese lugar en ese momento y con esas pintas. Coge una goma para el pelo de color negro que porta en su brazo derecho y se hace una coleta simple.

Últimos preparativos cogiendo el cinturón de servicio y el arma reglamentaria y ya por fin sale rumbo a la estancia principal del hangar. Camina mirando las fotos que hay a ambos lados del pasillo, algo que siempre hace con admiración.

La estancia principal del hangar es enorme, una gran nave totalmente preparada para recibir aeronaves de las distintas unidades que acoge el recinto militar, desde cazas hasta aviones apagafuegos, pasando por aviones

de carga. Múltiples carros de herramientas, planos y demás elementos para realizar todo tipo de operaciones de reparaciones. Y entre todo ello, una mesa con un ordenador y algunas carpetas llenas de papeles. Tras ella, otro soldado, cercano a los cuarenta y cinco años y estatura alta, cercana al 1,80, ojos verdes oscuros y pelo canoso, carente de barba. Al verlo, a África se le dibuja una sonrisa y se dirige a él con amabilidad:

—Buenos días, Méndez.

—Muy buenas, África, bienvenida a un nuevo turno del sábado. ¿Estás lista?

—Hacía tiempo que no me tocaba un sábado, casi un mes, pero bueno, como ya estaba acostumbrada a los fines de semana por el fútbol… estos turnos me duelen menos.

—Entonces ya vienes con el callo suficiente, eso me gusta.

—Sí, ya tengo experiencia en esto. —Ríe la joven—. Bueno, ¿qué me espera hoy?

—Los chicos tienen un ejercicio en un rato… toca armar con fogueo algunos aviones. Carlos estará al llegar, supongo.

—Qué bien, cargar aviones con misiles. Guau, planazo.

—No te quejes, que podría ser peor.

—Ya, eso también. Me podría haber tocado papeleo como haces tú siempre.

—Porque es mi cometido, también te digo.

—Eso también…

—Ya sabes mi chapa acerca del trabajo en equipo y la cadena.

—Como para no saberla. —Ríe África—. Fue una de las primeras lecciones que me diste cuando llegué.

—La más importante, cabo primero.

—Lo sé. Aunque luego vosotros cuando vais al bar… ni cadena ni trabajo en equipo ni nada.

—Lo que pasa en el bar, se queda en el bar.

—Sobre todo cuando hay partidos de fútbol importantes.

—Exactamente —sentencia Méndez riendo.

La conversación se detiene en ese punto ya que ven entrar en el hangar un coche blanco y de él se baja un nuevo uniformado, de estatura alta, complexión delgada y pelo negro únicamente en la parte alta de la cabeza.

—Buenos días, compañeros. Javi, ¿ya estás dándole a las teclas desde primera hora?

—Alguien tendrá que apuntar lo que hacéis, ¿no crees, Carlos?

—Bien contestado, sí —sentencia el recién llegado.

—Bueno, Carlos, supongo que me toca ayudarte esta mañana, ¿no?

—Supones bien, África, cabo primero. Hay que armar tres aviones que saldrán en un rato a Zaragoza a hacer unas maniobras. Los chicos necesitan material para hacerlo así que… hay que ponerse manos a la obra.

—Perfecto pues… ¡Te sigo! —dice África feliz.

—Buen turno, compañeros.

—Gracias, Méndez. Luego tomamos un café los tres juntos.

—Pero pagas tú, eh, Carlos.

—¡Ja!

El armero y la cabo primero se montan en el coche blanco y abandonan el hangar rumbo a unas carpas que se encuentran frente a la nave, al otro lado de las dos pistas. Estacionan el vehículo entre la carpa central y la de la izquierda y bajan del mismo para situarse bajo la carpa central, donde descansa un caza F-18.

—¿Este es el primero?

—Efectivamente, África —responde Carlos—. Como es sábado… lamento decirte que los tres los haremos los dos solos. No tenemos apoyo.

—Vaya, genial. Bueno, no pasa nada, los armamos nosotros solos. Que se note que nos ganamos el sueldo.

—Qué vitalidad para trabajar un sábado. No eres corriente —dice sorprendido el armero—. Venga, manos a la obra.

Los dos militares comienzan a realizar las operaciones de montaje de los misiles de fogueo en las alas de los aviones. Un trabajo minucioso que les lleva algo de tiempo pero que les satisface sobremanera, sobre todo al hacerlo ellos dos solos. Cerca de dos horas más tarde, el dúo termina de colocar el último artefacto y da por concluido su trabajo.

—Pues ya está. Enhorabuena, África, has hecho un buen trabajo aunque no sea la primera vez que haces esto —dice Carlos satisfecho.

—Muchas gracias, compañero —responde África sonriente—. Se hace lo que se puede.

—Pues es mucho más que lo que se puede. Parece mentira que alguien que viene del periodismo sea capaz de hacer este tipo de trabajos.

—Bueno, uno siempre puede sorprender a la gente. Es lo que tienen los cambios de aires.

—Aquí has caído de pie, chica. Todo el mundo te respeta y te quiere. Es difícil eso, en serio.

—No sabes lo que me llena eso. Aunque a veces os tenga que tirar de las orejas.

—Bueno, eso es en el tiempo libre, no hay que ensañarse.

—Lo sé. Pero está bien sacar un poquito de pecho de vez en cuando.

—Nos hacía falta alguien con cordura, eso no lo discuto. Oye, ya que falta poco para el descanso y los aviones están a punto de despegar… ¿Los vemos salir y ya después tomamos algo con Méndez en la cantina?

—¡Claro! Así veo que mi trabajo se ha puesto al servicio de otros compañeros. Venga, nos quedamos.

Y así fue. Unos diez minutos después aparece una furgoneta con un par de soldados más y tres pilotos totalmente equipados para el vuelo. Saludan a África y a Carlos y estos, junto con los otros dos soldados, se encargan de adecuar los aviones para que puedan realizar el despegue, que tendrá lugar minutos más tarde. Uno detrás de otro, los tres F-18 despegan por la pista de Torrejón rumbo a la capital aragonesa. África los sigue con la mirada desde que cogen carrerilla a final de pista hasta que alzan el vuelo, dejando consigo un enorme estruendo debido a la potencia que imprimen sus motores. La operación llega a su fin unos diez minutos más tarde. Carlos y África montan en el coche blanco y ponen rumbo de nuevo al hangar para reunirse con Méndez y tomar ese café prometido.

Ha pasado más de media hora desde que salió de comisaría y Óscar ya está cerca de su lugar de destino. La primera y última vez hasta ahora que pisó Torrejón de Ardoz fue con fines exclusivamente recreativos, coincidiendo con el 75 aniversario del Ejército del Aire y por entonces, tenía unos cuantos años menos.

Abandona la A-2 y comienza a callejear por la zona hasta entrar en territorio militar. Finalmente llega a la garita de seguridad y se detiene frente a la barrera. El soldado que está en la minúscula estancia sale armado al exterior para comprobar la naturaleza del individuo que acaba de llegar. Con un gesto le indica que baje la ventanilla, a lo que Óscar, algo impresionado, accede sin ningún problema:

—Buenos días.

—Buenos días, soldado —responde Óscar haciendo el saludo militar.

El militar uniformado de la garita se queda mirando al inspector con expresión de extrañeza.

—No me mire así, hombre, que solo soy un inspector de la Policía Nacional —dice Óscar riendo.

—Bueno, bueno, está bien. ¿Qué desea?

—Estoy buscando a la soldado África Martínez Fernández. ¿Cree que me puede echar una mano?

—Ahora llamo al interior para que me confirmen su presencia. ¿Puedo saber el motivo por el que la requiere?

—Un caso que nos ha entrado esta mañana en comisaría. No tiene que ver con ella, no se preocupe, soldado.

—Perfecto. ¿Puede aguantar un instante ahí?

—Mientras no se forme atasco, todo perfecto —bromea Óscar.

El soldado de la garita sonríe levemente y regresa a la pequeña estancia en busca de información en el interior de la base sobre la persona que busca el inspector de policía. Óscar mientras tanto abre un segundo la carpeta de la desaparición de la joven Elena y después aprovecha para consultar el móvil, concretamente el chat de WhatsApp que tiene con África. El último mensaje que tiene de ella es un «adiós amigo» después de una conversación de fútbol entre ellos. No le da tiempo a mirar mucho más, porque el soldado regresa a la altura del vehículo de Óscar:

—Tengo buenas noticias, África Martínez está presente hoy…

—Pero… —interviene Óscar.

—Pero no es soldado, señor, es cabo primero.

—¡Anda! ¿Cabo primero? Vaya, me alegro por el ascenso. Bueno, ¿puedo entrar entonces?

—Sí, ahora mismo le subo la barrera. Entre y en la segunda glorieta gire a la izquierda. Tendrá los hangares de frente y en el primero que vea, es donde está la cabo primero. Tiene aparcamiento justo frente al hangar, no tiene mucha pérdida.

—Genial, gracias, amigo. Y buen servicio.

—Gracias, inspector, muy amable.

El soldado levanta la barrera y Óscar entra en la base. Hace caso a las indicaciones recibidas y ya tiene el hangar a la vista, aunque en un momento detiene el vehículo en mitad de la calle. ¿El motivo? El despegue de tres cazas F-18 uno detrás de otro. El estruendo le pone los vellos de punta y no puede evitar sacar la cabeza por la ventanilla mientras las aeronaves van ascendiendo por el cielo.

Tras ese pequeño momento de recreo, el inspector llega al aparcamiento próximo al hangar y estaciona su coche en un hueco libre. Coge sus pertenencias, además de la carpeta que tenía en el asiento del copiloto y sale del vehículo para caminar hasta la puerta de entrada de la nave. Una vez llega, la abre y entra, descubriendo un largo pasillo con varias puertas a los lados, siendo de diferentes estancias como por ejemplo los vestuarios. Al final de ese pasillo, llega a la estancia principal de la nave: un inmenso espacio repleto de todo lo que puede necesitarse para realizar cualquier tipo de operación con un avión. Mira de un lado a otro totalmente impresionado aunque no se da cuenta de que no está solo en ese hangar:

—¡Buenos días, amigo!

Óscar, sobresaltado, mira hacia donde recibe el sonido de la voz, viendo que se trata de un nuevo uniformado de estatura alta, ojos verdes oscuros y pelo canoso.

—¡Oh, buenos días! Perdón si he pillado en mal momento.

—Responde Óscar juntando sus manos en señal de disculpa.

—No pasa nada. ¿Qué le trae por aquí, agente?

—Bueno, lo primero de todo no me degrade, soy inspector —ríe—. Y lo segundo… me trae por aquí que estoy buscando a la cabo primero África Martínez. ¿Sabe dónde está?

—¿África? Pues está a puntito de llegar. Estaba trabajando en los aviones que acaban de despegar. Si quiere, puede esperar en la sala de descanso de ahí —responde Méndez señalando la estancia destinada al descanso del personal.

—Ah, perfecto. Esperaré ahí.

—¿Qué nombre le digo?

—Con decirle Óscar Lemos supongo que bastará.

—De acuerdo, pues en cuanto llegue se lo digo a África, aunque la verá llegar de todas formas.

—No pasa nada, que sea un poco sorpresa el cómo se entere.

—¿Se conocen África y usted?

—Sí, somos amigos de hace un tiempo. Y me gusta presumir de ello, soy sincero.

—África es muy valorada aquí, puedo entenderle. Por cierto, soy el soldado de primera Javier Méndez.

Ambos se estrechan la mano sonrientes después de la presentación del hombre del pelo canoso.

—Un placer Javier, aunque ahora me gustaría tratarte de tú. Solo me gusta el tono de cortesía con gente del otro bando y superiores muy superiores —bromea Óscar.

—Trato hecho, Óscar —sentencia Méndez con una sonrisa.

El inspector se desplaza hasta la sala de descanso, que le parece bastante coqueta y acogedora para ser de un hangar de una base militar. Unos sofás, un televisor bastante respetable de un buen número de pulgadas y un reproductor DVD. Ocupa uno de los sofás y se pone cómodo. Para llenar el hueco de la espera a África, decide utilizar su teléfono y en él ya ve que los compañeros de comisaría se están moviendo con el caso de la joven desaparecida. Pero dicha espera finalmente acaba siendo más breve de lo que pensaba porque escasos tres minutos después de sentarse en el sofá, aparece un vehículo blanco y de él se bajan dos uniformados. Uno de estatura alta y pelo negro únicamente en la parte superior de su cabeza y otra, de género femenino, de menor estatura que su acompañante y pelo marrón tirando a rubio recogido en una coleta. Desde la estancia oye cómo los dos recién llegados y Méndez hablan:

—¡Pues ya está! Guau, la sensación de ver despegar los aviones es totalmente indescriptible. No me acostumbro, de verdad.

—Uno nunca se acostumbra África —responde Carlos de forma sincera—. Cuando uno de estos aparatos alza el vuelo… se te mueve todo en el cuerpo.

—Veo que habéis disfrutado mucho de la experiencia.

—Ya te digo Méndez. Si el premio por montar armamento es ver un triple despegue… me encantaría hacer muchos más.

—Me apunto el volver a contar contigo para estos temas. Bueno Méndez, ¿nos tomamos ese café?

—Tú y yo si quieres sí, Carlos. África, en la sala de descanso hay un inspector de policía que pregunta por ti.

—¿Un inspector? ¿Por qué?

—Según él, tú lo conoces. Dice llamarse Óscar Lemos.

—¡Claro que lo conozco! ¡Ahora mismo voy para allá!

—Bueno, tú y yo vamos a la cantina mientras —dice Carlos.

—Sí. Vamos a tomarnos un descansillo.

Mientras Méndez y el armero concretaban irse a la cantina, África se fue caminando rápido hasta la sala de descanso. Cuando Óscar la ve entrar, rápidamente se pone en pie para recibir a la joven burgalesa:

—¡Pero Óscar! ¿Qué haces aquí?

Ambos se dan dos besos y se abrazan afectuosamente en el encuentro.

—¿Qué tal, África? Pues soy sincero, no estoy por aquí porque te eche de menos, cosa que me encantaría decirte.

—Vaya, intuyo que es trabajo.

—Sí. Y la verdad, no es que tenga mucho tiempo, básicamente porque corre en mi contra o en nuestra contra. Si tus superiores te dan permiso, me gustaría contar contigo para este caso.

África refleja inmediatamente concentración en su gesto y no duda en responder al inspector.

—Por mí estoy dispuesta a ayudarte amigo. Ahora vamos a convencer a mi comandante. A lo mejor lo tengo fácil, quién sabe. ¿Me acompañas? Así a lo mejor es más fácil.

—Por supuesto, voy contigo a donde vayas.

—Echaba de menos estas respuestas, lo admito —responde África sonriente—. Venga, vamos a los despachos a ver al comandante.

—Detrás de ti, amiga.

Los dos abandonan el hangar y caminan rápido rumbo a los despachos, no muy lejos de donde se encontraban.

—Madre mía, cuando he entrado a la base me he sentido un poco como si estuviese en *Top Gun*. Ha coincidido que despegaban tres cazas y he tenido que parar para verlos porque se me ponían los pelos de punta —confiesa Óscar.

—Vaya, y eso que tú llevas en el mundillo más tiempo que yo —responde África riendo.

—Ya, pero estas cosas yo no las veo todos los días.

—Eso también es verdad. A mí también me emociona… pero estoy un poco más acostumbrada.

—Normal por otra parte. Oye, soy sincero, se me hace rarísimo verte con el uniforme, de verdad —dice Óscar.

—¿Ah sí? —Responde África riendo—. Claro, es que es la primera vez que me ves con él.

—Efectivamente, siempre que nos habíamos visto ibas con ropa de calle.

—Es verdad, porque desde que entré aquí, no nos habíamos vuelto a ver.

—Y eso que vivimos en la misma ciudad, tiene delito eh África.

—Pero mucho —sentencia la joven riendo—. Por cierto, ¿de qué trata el caso?

—En esta carpeta están los detalles. Es una desaparición, de ahí que te dijese que el tiempo corre en mi contra… o en nuestra contra si consigues unirte.

África coge la carpeta que le da Óscar y, aún caminando, la revisa viendo los detalles principales.

—Vaya, es casi de nuestro tiempo… y encima estudiante universitaria. Por edad supongo que con la carrera recién terminada…

—Sí, de hecho desapareció tras celebrar el final de los exámenes.

—Qué horror… bueno, ahora le comentas todo al comandante y así también me entero yo y no tienes que explicarlo dos veces.

—Perfecto África.

—Llámame Afri anda. Que entre nosotros hay confianza, hombre. No nos veíamos pero sí que hablábamos. Como la temporada pasada hombre.

A Óscar se le dibuja una sonrisa de felicidad en el rostro justo cuando África y él llegan a la entrada de un edificio bastante simple y cuya fachada es de color blanco.

—Te presento el edificio donde trabajan mis superiores. Aquí venimos cuando hay cosas importantes que comunicar… o por si nos tienen que echar la bronca —dice África riendo.

—Bueno, tú lo de las broncas… no creo que sepas mucho de ellas —responde Óscar.

—Bueno, siempre hay primeras veces para todo.

—Yo sí que recibí alguna bronca de mi compañero en los inicios.

—Merecida quizás.

—Gracias por la confianza Afri, te lo agradezco.

—Anda, vamos para dentro. Cuanto antes sepamos si puedo ayudarte o no, mucho mejor para todos.

Regresando a la seriedad, la militar y el policía entran en el edificio y suben las escaleras hasta la primera planta. África por delante, es la primera en llegar a la puerta del despacho que van a visitar.

Llama dos veces con los nudillos y Óscar mientras tanto mira la placa que preside la puerta: Comandante Pedro Arbilla.

—¿Se puede, comandante?

—¡Hola, África! Sí, por supuesto. Adelante.

La cabo primero entra en la estancia y justo después lo hace el inspector, que ve un despacho pequeño pero ostentoso, con muebles empotrados con infinidad de libros en sus estanterías a los lados y en el

centro, con una ventana detrás, una mesa con una pequeña bandera de España, un ordenador y múltiples carpetas con papeles. De ella se levanta un hombre de apariencia joven, estatura alta, pelo corto de color negro y vestido con un uniforme azul, que no llega a ser el de gala.

—Vaya, un agente de la Policía Nacional. ¿Ocurre algo, cabo primero?

—Conmigo no, señor. Primero se lo presento, es el inspector Óscar Lemos, destinado en Leganés.

—Un gusto, inspector. Soy el comandante Pedro Arbilla —dice el militar extendiendo su mano derecha.

—Lo mismo digo, señor —responde Óscar sonriente y correspondiendo al saludo que le ofrece su interlocutor.

—Bueno, ahora expóngame el motivo de su visita.

—Me temo que es un asunto serio. Ha desaparecido una chica en la ciudad… y debido a que mi binomio no se encuentra disponible ahora mismo, quería pedirle si la cabo primero Martínez puede ayudarme en esta investigación. En esta carpeta tiene toda la información que necesita acerca de la denuncia de los padres de la chica.

Arbilla coge la carpeta que lleva acompañando a Óscar durante toda la visita y le echa un rápido vistazo.

—Vaya, qué suceso tan desagradable. ¿Y no tienen efectivos para cubrir la baja de su compañero?

—Podría ser así, sí. Pero al hablar con mi comisario esta mañana, le propuse el nombre de África para no alterar el resto de binomios. Mi superior aceptó siempre y cuando usted no pusiese inconveniente alguno.

—Señor, ahora mismo no hay programas de formación en la base y la actividad es bastante escasa… no es por presionar, pero me gustaría ayudar a mi amigo en este caso —dice África.

El comandante se reclina en su silla y se lleva la mano a la barbilla durante unos segundos antes de dar su respuesta final:

—Está bien, participarás en esa investigación. Además, nos puede venir bien el compartir experiencias con la Policía Nacional. Ahora bien, si la situación se dilata mucho en el tiempo… tendrías que volver. ¿De acuerdo? Pero por mí, puedes incorporarte a la comisaría cuando el inspector lo estime oportuno.

—Genial, muchas gracias, comandante. Ojalá pueda servir de gran ayuda a Óscar y a sus compañeros.

—Inspector, si necesita recursos de nuestra parte, pídalos. Los gestiona con su comisario y me lo hace saber. Que tenga mucha suerte y cuide de mi subordinada… aunque pienso que ella puede ser quien cuide más al resto.

—Gracias, comandante, así lo comunicaré en comisaría. En cuanto a África… será un placer contar con ella… y creo que puedo estar de acuerdo en que sea ella quien cuide del resto y no al revés —sentencia Óscar con una pequeña sonrisa.

—Tome, su carpeta. Pueden retirarse. Buena suerte y ojalá el final sea feliz.

—Lo esperamos todos, señor —dice África.

Los nuevos compañeros abandonan el despacho y al salir del edificio, chocan tímidamente los cinco.

—Menos mal, porque ya me veía haciendo esto con otro compañero y no quería. Gracias por aceptar, Afri.

—No hay de qué, Óscar. A los amigos siempre se les ayuda. Bueno, ¿siguiente paso?

—Ir a comisaría, presentarte al comisario… y a trabajar. No hay más.

—Y no es poco. Va, volvamos al hangar, me cambio de ropa y nos vamos.

—Perfecto. ¿Te espero en el coche?

—No, hombre, entra al hangar. Los compañeros ya te conocen, no hay ningún problema.

—Genial, gracias —responde Óscar sonriente aunque nervioso.

Pese al contexto, Óscar está contento de volver a estar cerca de África después de mucho tiempo. La última vez que se vieron, ella estaba dejando el periodismo en una última jornada de liga en Butarque. Los dos únicos deseos que rondan por su mente ahora mismo son encontrar a Elena y que la apuesta por África salga bien.

Entran en el hangar y África encamina los vestuarios mientras que Óscar se dirige a la zona principal de la nave, donde sigue el coche blanco y Méndez y el armero han regresado de la cantina.

—¡Hombre! ¿Y África?

—Hola, Méndez. Está en el vestuario cambiándose de ropa.

—¿Y eso? —pregunta Carlos.

—A ti no te he visto antes, ¿no?

—No, te lo presento. Es el sargento Carlos Ramos, armero del Ala 12 —indica Méndez.

—Un placer, yo soy el inspector Óscar Lemos. En cuanto a por qué Afri se está cambiando… la respuesta está en esta carpeta.

Los dos soldados reciben la carpeta y enseguida son conscientes de la gravedad de la situación.

—Ostras, pues gracias por contar con África para esto… y ojalá aparezca la chica. Y por supuesto, si necesitáis ayuda, no dudes en pedírnosla.

—Gracias a los dos, de verdad.

Coincidiendo con el agradecimiento de Óscar a los dos compañeros de África, la cabo primero aparece nuevamente por la estancia, ya vestida con ropa de calle, concretamente unas sandalias plateadas, pantalones vaqueros con algunos rotos y con ellos su cinturón de servicio con su arma reglamentaria y una blusa sin mangas de color verde, además de haberse soltado el pelo.

—Estoy lista, Óscar. ¿Nos vamos?

—Sí, no perdamos tiempo. A comisaría.

Méndez y Ramos se despiden de África y Óscar y los dos últimos abandonan el hangar rumbo al coche del inspector.

—Afri, ¿puedo decirte algo?

—Claro. No pidas permiso, que somos amigos —responde riendo la burgalesa.

—Está bien. Nada, es que quería decirte que estás muy guapa. El uniforme te queda bien… pero de calle estás mucho mejor.

—Ay, gracias, hombre —responde África con una carcajada.

Los dos finalmente llegan al coche de Óscar y ponen rumbo a comisaría. Empieza un caso que puede cambiar sus vidas.

Capítulo 4

Su sueño ha sido ininterrumpido. No sabe a qué hora se acostó ni sabrá la hora a la que se va a levantar. Y casi es un milagro después de que llegase a casa tambaleante, casi sin poder aguantarse de pie de la borrachera que llevaba encima. Lo que Antía no sabe es que son las tres de la tarde del sábado 23 de mayo del 2020. Al otro lado, ya desesperada, su madre abre la puerta de la habitación y rápidamente despierta a su hija:

—¡Antía! ¿No te da vergüenza estar dormida aún a estas horas? ¡Levanta ya, que vamos a comer!

—¡Ahora voy, mamá, no me chilles!

La joven morena comienza el día torcido después del bocinazo que le ha soltado su madre. Se incorpora somnolienta y segundos más tarde camina hasta el baño para adecentarse y mojarse la cara con agua fría para espabilar súbitamente. Posteriormente se dirige en pijama hasta el salón y se sienta en su silla dispuesta a probar el primer bocado del día… casi a la mitad del mismo.

—¿Qué tal ayer la fiesta? —pregunta el padre con curiosidad.

—Fue genial. Tan genial que fíjate, todavía me duraba la alegría.

—Responde Antía de forma áspera.

—Siento que estés enfadada por cómo te he despertado, pero era demasiado tarde como para seguir en la cama, hija. Después de cenar si quieres ya te duermes hasta el día siguiente. Es por tu bien.

—Pues sí, estoy enfadada, mamá, porque no me apetecía salir hoy de la cama. Y por favor, cuando termine voy a volver a la habitación. No quiero que me moleste nadie.

El tono con el que la joven se dirige a sus padres les sorprende y les entristece al mismo tiempo. No hablarán más en toda la comida y cuando Antía termina su postre, inmediatamente se levanta de su silla y tras cepillarse los dientes, regresa a su habitación y cierra la puerta. Coge su móvil y lo enciende para eliminar las posibles notificaciones que pueda

encontrarse en el terminal. Para ser las horas que son, solo encuentra una, y el mensaje que contiene es muy contundente:

«Joder, hay mucha policía en la calle. Seguro que ya lo saben».

Antía tira el teléfono sobre la cama y se lleva las manos al rostro. Su respiración es muy agitada, casi al borde del sofoco. Y no es para menos…

Capítulo 5

Con el reloj marcando las doce y media de la mañana, Óscar y África llegan a comisaría y sin tiempo que perder, casi a la carrera, entran en las dependencias policiales y van directos al despacho del comisario Salgado:

—¿Se puede, comisario?

—Adelante, Óscar —responde el superior.

El inspector es el primero en entrar en el despacho y justo detrás lo hace África, que ve por primera vez a quien será su jefe durante esos días que le esperan. El aspecto del superior le sorprende, ya que no lleva uniforme, tan solo un traje de color marrón y una camisa azul marino con una corbata negra.

—Bueno, te la presento. Ella es la cabo primero África Martínez. Será quien me ayude en este caso.

—Un placer, África. Bienvenida a la comisaría de Leganés —dice Salgado ofreciendo su mano para saludar cordialmente a la recién llegada.

—El placer es mío, señor comisario. Espero poder devolver la confianza que Óscar ha depositado en mí para resolver esta desagradable situación.

—Ojalá sea así, cabo primero.

—Puede decir mi nombre si lo desea. De hecho hasta quizás me siente mejor que decir mi rango.

—Bueno… Está bien, África. Podéis sentaros los dos.

Atendiendo al comisario, ocupan las dos sillas que tienen frente a él y entablan conversación:

—Bueno, es hora de trabajar. Las patrullas siguen sin resultados y mientras estabas en Torrejón he enviado la foto de la chica a los compañeros de fronteras y a la brigada móvil, por si acaso.

—Todo el que lo sepa mejor que mejor —dice África.

—No creo que después de irse de fiesta vaya a coger un avión o un autobús o un tren para irse por ahí. No es una petición que me estorbe, pero es una situación bastante improbable —añade Óscar.

—Bueno, nunca se sabe. No podemos descartar ninguna hipótesis hasta que tengamos certezas. ¿Qué plan tienes, Óscar?

—Yo creo que el primer paso que hay que dar es el de conocer a quién estamos buscando, comisario. Iremos a hablar con los padres de Elena.

—Perfecto. Sacadles toda la información posible. Cualquier detalle puede ser vital.

—No lo dude, comisario —responde África tajante.

—También he pensado en pedirles permiso para realizar un registro de la habitación de la chica y si vemos cosas que nos parezcan claves para la investigación, cogerlas y traerlas a comisaría para echarles un vistazo.

—Siempre y cuando os dejen, Óscar.

—De no hacerlo…

—Nada, olvidarlo. Nos van a dejar y vamos a conseguir cosas positivas de este primer movimiento —sentencia África cortando a su compañero.

—Mira, alguien con las cosas claras.

—Casi siempre hay que tenerlas, amigo Óscar.

—Vale, veo que os compenetráis bien. Id a la casa de la chica y entrevistad a los padres. A partir de ahí, llevad la investigación como mejor os resulte, siempre y cuando haya resultados. ¿De acuerdo?

—Perfecto, Joaquín. Ojalá tengamos buenos resultados. A trabajar.

Los tres se levantan de sus sillas y Óscar y África se despiden del hombre del traje marrón rumbo al aparcamiento para volver al coche del chico del pelo castaño.

—¿La dirección es la que está puesta en la denuncia, no?

—Correcto, compañera. El domicilio está a la otra punta de la ciudad.

—Vaya, paseíto largo.

—Pero lo vas a hacer conmigo. Casi es como un privilegio.

—¿De verdad que piensas eso?

—Bueno… en ocasiones. —Ríe el chico.

—Anda, pon el coche en marcha y vamos a ver a esos padres.

—Tienes razón. Va, me pongo serio de nuevo.

Óscar hace caso a su acompañante y arranca su coche. Salen del aparcamiento de comisaría y ponen dirección a la casa de Elena.

—Oye, ¿por qué insinuaste lo de que si no nos dejaban hacer el registro, que podían ocultar algo los padres?

—Yo soy muy desconfiado siempre, Afri. Cuando pienso que alguien puede ocultar algo… mal rollo. Dicho lo cual, en comisaría solo planteé un supuesto. Tengo igual de claro que tú que los padres van a colaborar en todo lo que puedan y más.

—Esperemos que esto sea un buen punto de partida…

—Yo también lo espero, Afri. Todos los casos son desagradables… pero este tipo son de los que se llevan la palma.

Los investigadores llegan a las cercanías del domicilio de Elena y sus padres. Estacionan prácticamente en la puerta y se bajan del vehículo para ir hasta la puerta del chalet. Es África la que acciona el timbre desde la calle y de la puerta sale una mujer con cara de haber dormido muy poco: vestida con un pijama gris, pelo marrón con alguna cana y ojos gris oscuro aunque con unas notables ojeras. Como Óscar va uniformado de policía, la identificación por parte de la mujer es muy rápida e invita a la pareja a entrar en el domicilio:

—Buenas tardes, ¿se sabe algo de mi hija? Por favor…

—Buenas tardes, señora Conde. Lamento decirle que hasta el momento no hemos obtenido progresos —responde Óscar.

—Tienen que encontrarla, por favor.

—Estamos haciendo todo lo posible, se lo aseguro —dice África.

Los investigadores entran en el domicilio. Es una casa bastante elegante y bien cuidada, con un estilo moderno bastante evidente. El recibidor es amplio y a la izquierda está la puerta que da a la cocina y a la derecha la del salón. La mujer los guía hacia allí y la imagen es la de un hombre de pelo negro y ojos castaños vestido con un pantalón color crema y un jersey gris sentado en un sofá gris con las manos en la cabeza y la mirada perdida. Frente a él, una mesa pequeña con un marco que, presumiblemente, contiene una fotografía.

—Pónganse cómodos, por favor —indica la mujer anfitriona señalando el sofá libre—. ¿Desean tomar algo?

—No, gracias. Muy amable —responde Óscar con una sonrisa fugaz mientras ocupa dicho sofá con África.

La mujer asiente levemente y ocupa el sofá en el que está el hombre, al que se aferra como si fuese la última persona de la Tierra.

—Bueno, Soy el inspector Óscar Lemos. Ella es la cabo primero África Martínez, del Ejército del Aire. Somos los principales encargados para resolver la desaparición de Elena… y de verdad, como ha dicho mi compañera: nos estamos empleando a fondo para encontrar a su hija lo antes posible.

—Yo soy Sandra Conde y él es Miguel Rodríguez. Que hayan venido hasta aquí nos hace sentir lo que dicen. Ojalá encuentren pronto a mi hija... —dice la mujer al borde del llanto.

Óscar intenta mantener la compostura, cosa que África casi no puede lograr y hace suya la tristeza de los padres de la joven.

—Necesitamos un perfil sobre Elena, saber a quién estamos buscando. Y qué mejor que ustedes para poder obtener esa información —dice Óscar mientras prepara su libreta y un bolígrafo.

—Sí, por supuesto —responde Sandra—. Elena es una chica normal, y no lo digo porque sea nuestra hija. Nunca ha tenido problemas con nadie, tiene un grupo de amigos sensacional, que los conocemos a todos… y es buena estudiante, de hecho acaba de terminar los exámenes de la universidad para convertirse en periodista. No puedo decir nada malo de mi hija, de verdad.

Los dos investigadores apuntan rápidamente los primeros datos que ha dicho la madre y, a partir de ahí, sacar más información.

—¿Entonces no tiene enemigos? Que sean conocidos, claro —pregunta África.

—No, de verdad. A Elena le encanta llevarse bien con la gente y es la primera que abre los brazos a todos. No me entra en la cabeza que alguien la haya podido hacer daño, de verdad.

—Lo entiendo, señora…

—Llámame Sandra, por favor. Ya bastante desagradable es todo esto como para hablar formal con quienes quieren encontrar a mi hija.

África esboza una leve sonrisa con el deseo de la mujer del pelo marrón. Pese a que está haciendo su trabajo, ahora mismo lo único que quiere es abrazar a esa madre y a ese padre que lo único que les mueve ahora mismo es poder volver a ver a su hija sana y salva.

—¿El único plan que tenía Elena anoche era el de ir a la discoteca? —pregunta Óscar.

—Sí, solo ahí. Y además iba con sus amigos de la universidad, cosa que ha hecho otras veces aunque últimamente no, porque estaba estudiando un montón para los exámenes finales —responde Miguel.

—¿Sabíais la discoteca a la que iba o no os comentó nada?

—No, no sabemos a cuál fue. Aunque de todas formas, intentamos no meternos demasiado en la vida «privada» de Elena. Son sus amigos y solo suyos. Nosotros si tenemos que ayudarla en algo es porque nos lo pide. Aunque ayer sí le dije que si necesitaba algo, que avisase.

—Aún suena en mi cabeza la frase que me dijo cuando le pregunté si llevaba todo con ella: voy de fiesta, no a la guerra. Joder… —añade Sandra.

—Permitidme que vuelva al tema de cómo es Elena. Aunque digáis que es una persona muy agradable y que le abre los brazos a todo el mundo… ¿Habéis notado algún cambio en su carácter en los últimos días? No sé, algo más irascible, o menos comunicativa o cualquier detalle así extraordinario.

—No, de verdad Óscar. No hemos notado nada raro en Elena últimamente, ni aun con la cantidad de cosas que ha tenido que estudiar en las últimas semanas. Siempre sonriente y algún fin de semana ha hecho reunión de amigos aquí para estudiar y hasta alguna se ha quedado a dormir aquí para estar con ella porque se lleva genial con Elena —responde Miguel.

—Perfecto… nos gustaría poder echar un vistazo a la habitación de Elena. ¿Sería posible?

—Claro, por supuesto, inspector Óscar.

—Genial. Afri, ¿tienes guantes?

—No, lo siento. Cogí la libreta y el bolígrafo y menos mal…

—No te preocupes. Voy al coche y cojo un par para ti.

Óscar sale corriendo al exterior hacia su coche para coger el equipamiento para su acompañante, que se queda en el interior del domicilio junto a los padres de la desaparecida.

—Intento darle vueltas a qué ha podido pasar. No me lo explico —dice Sandra.

—Para eso estamos nosotros aquí, para solucionar todo y que Elena regrese a casa junto a vosotros —responde África con un tono conciliador.

Óscar regresa rápidamente y le da un par de guantes de látex azules a África, que se pone inmediatamente. Los padres guían a los investigadores a la habitación de la joven y esperan fuera a que terminen la inspección.

—Está todo bien ordenado. Intuyo que Elena es una persona responsable —comenta Óscar mientras mira todo con detenimiento.

—Sí, lo es. Le gusta tener todo ordenado, porque una vez perdió una cosa… y a partir de ahí dijo que no perdería nada más. Y que yo sepa, así ha sido —responde Miguel.

—Y encima comparte tus gustos de fútbol, Óscar —bromea África.

—Eso está bien. Ya que es seguidora del Lega, intentaré que nos echen una mano difundiendo la foto de Elena. Toda ayuda será bienvenida.

—Gracias por la dedicación, Óscar, de verdad.

—Para eso estamos, Sandra.

África se encarga de mirar la zona más personal de la habitación cuando da con algo que llama su atención. Se trata de un coqueto joyero de madera de forma rectangular. Lo abre con delicadeza y ve algunas pertenencias de la joven.

—Óscar, ¿nos lo podemos llevar a comisaría?

—Si crees que nos puede dar algo para la investigación, por supuesto.

—Sí, ya que son pertenencias de Elena… quizás haya algo interesante por aquí. Las chicas cuando queremos, somos muy reservadas.

—No dudaré de tu instinto femenino —sentencia Óscar con una tímida sonrisa.

Por los demás rincones de la estancia apenas ven algo reseñable que pueda aportar a la investigación, aunque en el último vistazo, Óscar dirige su mirada a una foto enmarcada en el escritorio de la joven. La coge y se la enseña a África. En ella aparecen cinco personas, tres chicas y dos chicos, sentados en un banco del que parece ser el lugar en el que estudian, ya que se ven algunas mochilas en el suelo junto al banco. Unos están sentados sobre el respaldo del asiento y otros en el asiento como tal. La sensación que transmiten es de alegría y unión.

—¿Serán sus amigos? —le pregunta la joven militar a su compañero.

—Vamos a averiguarlo. Sandra, ¿puedes entrar en la habitación?

—Sí, por supuesto.

—¿Puedes decirnos quiénes son los de la foto? —pregunta Óscar enseñando la foto a la mujer mientras se acerca.

—Claro. Son los amigos de Elena. Con ellos salió anoche de fiesta —responde Sandra inmediatamente después de coger el marco—. Esta foto se la sacaron en la Complutense al final del curso pasado, más o menos sobre estas fechas.

África saca su móvil y saca una foto a la foto del marco.

—¿Entonces puedes ponerles nombre a todos?

—Por supuesto, África: de izquierda a derecha son Aitor, Antía, Elena en el centro y después Silvia y José Luis.

Óscar apunta en la libreta los nombres según los va diciendo la mujer y se da por satisfecho.

—Vale. Habrá que ir a comisaría con todo esto.

Lo importante es saber todo lo que podamos sobre la noche de ayer. Sin inicio… poco podemos hacer. Gracias por toda la colaboración que nos habéis brindado. Ojalá devolverlo con una resolución feliz de este caso.

—Gracias a vosotros también por tomaros este caso de una forma tan importante —responde Sandra.

Los dos investigadores se despiden afectuosamente de los padres de Elena y abandonan el domicilio para montarse en el coche.

—¿Has sacado algo en claro de esto?

—Algo tengo seguro, Afri. Desaparición voluntaria no es. Y el grupo de amigos, sobre el papel, parece sano. Si a eso le sumamos que Elena tiene buen talante y no tiene enemigos…

—Existe la posibilidad de que fuese atacada por un perturbado.

—Por ejemplo, África. Pero eso son conjeturas, por desgracia.

—Ya… ¿Siguiente paso?

—Pues mira, ya que no hemos comido… vamos a tomar algo y después regresamos a comisaría y ponemos todo negro sobre blanco con Salgado. ¿Te apetece?

—Pues sí, por favor. Que ya tengo un poquito de hambre. ¿A dónde me llevas?

—Al CM7. Lo frecuento mucho y el ambiente es muy bueno. Te gustará.

—No lo conozco, así que vale, llévame ahí.

Óscar pone en marcha el coche y se dirigen al Café—Bar CM7 para tomarse un descanso… o esa es su intención.

Capítulo 6

Un último ajuste a su cinturón y ya tiene puestos los pantalones vaqueros con los que saldrá esta tarde. La siesta le ha sentado de lujo a Silvia, después de la mañana que ha pasado con la bici. Además, también pasó por la ducha y, por supuesto, comió con sus padres un plato de pisto. El siguiente plan que le espera para prácticamente cerrar el día es quedar con su amigo José Luis en el CM7. Le apetece mucho pasar un rato con él.

Además de los pantalones que ya tiene puestos, se pone una camisa blanca y unas zapatillas de lona de color gris. Coge su móvil y el resto de pertenencias, sale de su habitación y baja las escaleras hasta la planta baja.

A Silvia le gusta que su habitación esté en la planta superior del chalet, ya que se siente como si estuviese en su propia casa, aunque no quita de que le encante pasar tiempo con sus padres, que son los que ocupan la gran habitación de la planta baja y tienen dos estancias más que están libres, aunque una de ellas la suelen utilizar cuando hay algo de trabajo.

—¿Ya vas a salir a ver a tu amigo?

—Efectivamente, mamá.

—Me encanta —dice Lola con una sonrisa pícara.

—Ay mamá, qué pesadita eres…

—Tu madre está encantada con él, entiéndela —dice Álvaro.

—¡Pero si es que lleva un año así conmigo, papá! Joselu y yo somos amigos, nada más. Nos llevamos genial, él fue quien me integró en el grupo cuando llegué y ya está. Lo explicaré todas las veces que sea necesario.

—Y yo seguiré pensando que seríais una pareja genial. José Luis es un chico interesante a primera vista.

—Ahora mismo… estamos bien como estamos, mamá. Y no es poco. Ah, y no lo digo porque tenga otras intenciones para el futuro, es que directamente no sé qué voy a hacer en el futuro.

—Ya ya, claro. Por eso se te ilumina la cara y sonríes como una tonta cuando hablas de él.

—Me voy, mamá, que llego tarde —sentencia Silvia riendo.

—Diviértete, hija… ¡Y da mucho cariño!

Silvia abre la puerta de la casa con una sonrisa y abandona el domicilio para ir andando hasta el lugar donde ha quedado con su amigo. Un trayecto cercano a los veinte minutos y aprovechando todos los tramos de sombra posibles, ya que el calor a esas horas está apretando.

Sobre la hora establecida, la joven ilerdense llega a la puerta del bar, donde ya está esperando «su cita». Vestido con unas bermudas vaqueras, una camiseta verde oscuro de manga corta y de calzado unas deportivas negras, José Luis se levanta del banco junto al bar y recibe a Silvia con un abrazo y dos besos:

—Cualquiera diría que ayer estabas de fiesta —dice José Luis sonriente, contemplando a la joven que tiene frente a él.

—Vaya, cualquiera diría que tú también estuviste de fiesta anoche —responde Silvia atrevida.

—Déjame decirte que estás guapísima, por favor.

—Joselu amigo, que llevemos tres años y medio siendo amigos y aún sigas pidiéndome permiso para estas cosas… claro que puedes, hombre. Y viniendo de ti, sabe mucho mejor.

Tras esas últimas palabras, en la cabeza de Silvia suenan con fuerza las palabras de su madre antes de salir de casa sobre la relación que tiene con su amigo. Sonríe y le hace un gesto de cariño al chico para invitarle a entrar dentro del establecimiento. Acto seguido, se encaminan a la barra:

—¡Hola pareja! ¿Qué os pongo?

Quien hace la pregunta al otro lado de la barra es una mujer cercana a los cincuenta años, de pelo en media melena y color anaranjado y ojos verdes de la que se le ve de ropa una blusa de color morado.

—¡Hola, Belén! Yo creo que con dos cervezas vamos servidos —responde Silvia amable.

—Genial. Esperad un segundo y enseguida os las sirvo.

—Gracias —dice feliz José Luis.

—Ya se nota que no tenemos obligaciones, eh amigo.

—Ya te digo, amiga. Estos últimos días si me pinchaban, me sacaban café de las venas en lugar de sangre.

—Exagerado. —Ríe Silvia.

—Las épocas de exámenes siempre se pasan acompañadas por un buen depósito de café.

—Yo café solo por las mañanas. No quería quedarme dormida ni en el Metro ni en clase. Por la noche, una tacita de leche con cacao, auriculares con música con el volumen agradable y a leer apuntes.

—Y encima en la planta de arriba.

—Para estas ocasiones estar ahí arriba es un lujo. Encima con cuarto de baño en la misma planta… es genial, de verdad.

—Tu casa es una pasada.

—Sé que lo dices de verdad, porque cuando entras en mi casa, te quedas mirando a todos lados con la boca abierta —dice Silvia riendo.

—Es que comparado con mi casa… lo tuyo es un palacio presidencial —sentencia José Luis riendo.

Con esa última respuesta del chico de la barba, la mujer de la barra les sirve dos botellines de cerveza y acto seguido ocupan una de las mesas del establecimiento.

—Mucho les tiene que durar la resaca al resto para no haber enviado ni un solo mensaje en todo el día —dice Silvia mientras deja su móvil sobre la mesa.

—A saber a qué hora volvieron a casa —responde José Luis.

—Yo es que no me atrevo a mandarles nada… que descansen y ya mañana o el lunes nos volvemos a ver todos de nuevo.

—Sí, casi que mejor. Porque ayer… alguno se pasó de la raya.

—Puf calla, no me lo recuerdes…

—Igual que el volver a clase. ¿Tú tienes ganas de ir el lunes a clase, Silvia?

—Ganas no. Y menos aún con los exámenes terminados, pero hay que ir porque quedan algunas cosas por explicar aún… y siempre podemos rascar algo para el proyecto final.

—Yo es que estoy agotado, de verdad.

Y queda lo que dices, el trabajo de final de carrera. Madre mía.

—Y encima fuiste tan cabezón de hacerlo tú solo.

—Me daba mucha cosa el tener que quedarme en la facultad hasta las mil con algún compañero o compañera para hacer el trabajo por si fuera de la universidad no podía quedar. Solo y así mi nota tampoco depende de otra persona.

—Es una putada en verdad que estés haciendo otra carrera, porque nosotros ya ves: Elena y Antía van juntas en su proyecto final y yo lo estoy haciendo sola, me apoyo en ellas para ciertas cosas.

—Aun me acuerdo de cuando Aitor se enteró de que Antía hacía el trabajo con Elena.

—Ya... —dice Silvia con una carcajada—. Al menos se dio cuenta de que no iba a quitarle el novio.

—¡Sí señora! —responde José Luis riendo.

—Déjalos juntos, que encima últimamente están de una cosa…

—Formas de demostrar amor.

—Puf, pues yo creo que ese tipo de amor no lo querría para mi relación.

—¿Ah sí?

—Sí, pero no te voy a dar pistas ahora acerca de eso.

—Vaya hombre. Yo que pensaba que te ibas a abrir…

—Todo a su debido tiempo, amigo —sentencia Silvia guiñando el ojo.

La joven ilerdense levanta su botellín de cerveza y le ofrece un tímido brindis a su amigo, que no duda en aceptar. Chocan los envases y dan un trago a sus bebidas.

—Pues no había estado por esta zona nunca, creo recordar.

—Vamos, que vives aquí pero apenas te conoces la ciudad. Mal, eh Afri.

—Te recuerdo que el que da vueltas y más vueltas a la ciudad en un coche y se sabe todas las calles, o al menos se supone, eres tú, Óscar. Y también te recuerdo que mi trabajo está a casi cuarenta minutos de aquí y si me apeteciese… podría hacer mi vida allí. He tenido hasta turnos de un día entero.

—No salgo de mi asombro —vacila Óscar.

África sonríe y le pega un leve puñetazo a Óscar en el brazo, que también saca una leve sonrisa al chico.

—Bueno, vamos al bar. Tomamos algo y regresamos a comisaría para poner al día a Salgado antes de que se vaya a casa.

—Perfecto inspector. A tus órdenes.

—Ninguno está por encima del otro. Lo que tú digas puede valer lo mismo o más que lo que diga yo. Me gustaría trabajar así contigo, si tú quieres claro.

—¡Oh! Qué detalle… gracias Óscar. Pero bueno, que no pasa nada si quien manda de vez en cuando eres tú. Al fin y al cabo, la investigación la lideras tú.

—Bueno, pues yo he decidido compartir ese liderato contigo. Y no me voy a arrepentir me da a mí.

—Eso querrá decir que lo hemos hecho bien… y todo ha salido bien.

—Seguro. Venga, vamos a tomar algo, que nos lo merecemos.

Los dos investigadores bajan del coche y caminan unos pocos metros hasta la puerta del CM7. Nada más cruzar la puerta, a África le llaman la atención ciertos detalles, que no duda en compartir con Óscar de una forma muy directa:

—¿Un bar del Lega? ¿Por qué no lo pensé antes?

—Puede que el nombre te despistase.

—Seguramente. Porque CM7 no lo asocio a ellos así de primeras.

—Si te digo Carlos Martínez sí lo asocias ya, ¿no?

—Ah vale. Un antiguo jugador.

—Efectivamente. Menos mal que no has ido con el narrador. —Ríe Óscar.

—Dudo mucho que el Carlos Martínez narrador tenga muchos vínculos con el Lega —responde África también riendo.

—Bien pensado amiga.

Con esa primera conversación dentro del local, se acercan a la barra y son recibidos por una sonriente mujer de pelo anaranjado, ojos verdes y una blusa morada.

—¡Hola Óscar! ¿Qué te pongo, guapo?

—Buenas tardes Belén. Pues quiero un refresco de cola y una pulga de queso, que no he comido.

—Marchando inspector.

—¿Qué quieres Afri?

—¿Tienes nueva compañera?

—Sí, por unos días. Te presento a la cabo primero África Martínez Fernández, del Ejército del Aire. Afri, ella es Belén Jiménez, la dueña del bar.

—Un placer Belén —responde África tendiéndole la mano a la mujer.

—Lo mismo te digo, chica. Bueno, ¿qué te pongo?

—Pues lo mismo que él, me parece una buena consumición.

—Perfecto. En un momento lo tenéis preparado.

África se queda maravillada con la bienvenida de la camarera y sonríe a Óscar, que le guiña el ojo.

—Entonces este es tu lugar de descanso en el trabajo.

—Principalmente sí Afri. Pero si tengo que estar en la sala de descanso de comisaría, tampoco es mal plan.

—No, tampoco suena mal.

A los pocos minutos, la camarera regresa con una bandeja con las dos pulgas con queso y dos vasos con los dos botellines de refresco de cola. Les indica que ocupen una mesa libre y cuando lo hacen, se lo lleva allí.

—Perdona que te pregunte África, pero que estés tú aquí, siendo del Ejército del Aire… ¿Ha pasado algo en la ciudad?

Óscar mira a su amiga y esta asiente levemente con la cabeza. El inspector saca su móvil y pone al tanto por encima a la mujer del pelo anaranjado.

—Verás, estamos buscando a esta chica.

Belén se extraña al ver la foto de Elena en la pantalla del terminal del inspector.

—Conozco a esta chica. Se llama Elena y es una joven muy buena gente. ¿Le ha pasado algo?

—Anoche desapareció después de irse de fiesta con sus amigos.

—¿Qué me dices? —pregunta sorprendida la mujer.

—Sus padres denunciaron la desaparición esta mañana.

—¿Tú la has visto, Belén? —pregunta África.

—Qué va. Anoche aquí no hubo nada de público joven. Todos estaban en las discotecas.

—¿Cuáles funcionaban anoche, lo sabías?

—Sí Óscar: las de la cubierta, que funcionan casi siempre y la BlueLight, que está un poco más retirada.

—Genial, me gusta ese dato. Gracias Belén.

—A vosotros Óscar, y ojalá encontréis sana y salva a la muchacha.

—Eso queremos todos, de verdad —sentencia África.

La mujer se retira de nuevo a la barra y quedan Óscar y África solos en la mesa.

—A la cubierta no ha ido, esos ambientes son de otra índole… la BlueLight me quema en las manos —dice Óscar frotándose la barbilla.

—Tú conoces la noche de Leganés mejor que yo —responde África.

—Y casi que por desgracia…

África aprovecha para dar un trago a su refresco de cola y mientras mira una de las paredes del fondo del bar, en la que hay colgadas varias